

atendida la disposicion en que se hallaba el reino con la santa Sede, no sabian qué partido tomar en cuanto al régimen eclesiástico, y estaban sobre todo muy divididos en el punto de la colacion de los beneficios.

60. Mientras duraban estas negociaciones, reprobadas públicamente por el Papa, y continuadas en secreto, se vió precisado el duque de Mayenna, como lugar-teniente general del reino, á convocar las córtes para elegir un Soberano católico; pero las únicas resultas de este congreso, fueron la conferencia celebrada en Surena entre los católicos de ambos partidos, y la sátira menipea, la que acaso dió á la liga un golpe mas funesto que el mismo valor de Enrique IV. Dos prelados distinguidos por su destreza y elocuencia, fueron comisionados para ser los oradores de la conferencia de Surena, á saber, Reynaldo de Beaulne, arzobispo de Bourges, por los realistas, y Pedro de Espinac, arzobispo de Leon, por los comuneros. Dió principio el arzobispo de Bourges por una pintura terrible de las calamidades que padecia el reino con motivo de su desunion, y concluyó proponiendo la necesidad de sacrificar los ódios, las preocupaciones, todos los intereses particulares, y de reunirse bajo la autoridad de un mismo Rey. El arzobispo de Leon ensalzó con un estilo no menos patético todas las ventajas de la union y concordia; pero añadió que solo debia reinar ésta entre los católicos, y que no podia subsistir bajo el gobierno de un Rey herege sin arruinar la religion. Sobre este

punto no dejó el arzobispo de Bourges de ponderar las esperanzas que daba el Rey de convertirse: á lo que respondió el arzobispo de Leon, que hacia tanto tiempo que traía entretenidos á los pueblos con aquellas vanas esperanzas, que no convenia fiarse ya de ellas. Por consiguiente, quedaba reducida toda la dificultad al único artículo de la conversion del Rey. Los grandes que le eran mas adictos, le representaron al momento, que en efecto hasta entonces no habia hecho mas que dar palabras vagas; pero que en el punto crítico de ver que se iba á elegir un segundo Rey en su reino, era necesario esplicarse con mas claridad. Toda la corte le hizo las mas fuertes instancias. Los católicos suplicaban á los calvinistas que no se opusiesen al bien comun, y muchos de éstos, lejos de resistirles, mostraron grande interés en que tuviesen efecto sus designios.

61. Davy-du-Perron, hombre erudito, de índole amable, muy estimado del Rey y apóstata del calvinismo, dió principio desde entonces á la instruccion del Príncipe por via de conversacion, pero atrayéndole insensiblemente á unas conferencias formales, á que fueron convidados los obispos y doctores mas hábiles, así entre los comuneros como entre los realistas. Como el temor de que pereciese la Religion era la única cosa que habia amortiguado en el corazon de los franceses su amor al Rey, adquirió éste una actividad extraordinaria luego que le vieron dar los primeros pasos para volver á entrar en el gremio de la Iglesia; y la tregua que concedió al mismo

tiempo á los parisienses en medio de los apuros en que se hallaban, acabó de grangearle la estimacion general. Enrique, libre de preocupaciones, dotado de un ingenio admirable y de un candor, cuya memoria será eterna, conoció y confesó la verdad desde el momento en que la consideró con atencion. Hecho cargo de las respuestas dadas á las objeciones que habia propuesto, dió gracias á los obispos por haberle enseñado lo que no habia sabido hasta entonces; „pero por grande que sea la conviccion del entendimiento (añadió), solo á la bondad y al poder infinito de Dios debo atribuir la mudanza de mi corazon (1).” En el discurso de las conferencias, á las cuales asistieron muchos doctores ó ministros calvinistas, obligó Perron á Morlai, Roltam y Salettes á convenir en que es posible salvarse en la iglesia romana, y oyendo esto el Rey les dijo: „¿ Con que confesais que es posible salvarse en la Religion de los católicos? Y ellos por el contrario sostienen, que en la vuestra es preciso condenarse. A la verdad, es la materia de tanta importancia, que se debe seguir el partido mas seguro, y me parece que la prudencia no permite deliberar mas acerca de este punto.” Inmediatamente quedó resuelta la abjuracion del Rey, y se señaló para el domingo, dia 25 de Julio, en la iglesia de San Dionisio.

62. En el dia señalado fue el Rey por la mañana á la puerta de la iglesia de la abadía, acompañado de los Príncipes, de los oficiales de la corona, de los

(1) *Mem. de Aubigné.*

señores católicos, y del gentío inmenso que habia concurrido desde Paris, á pesar de las prohibiciones y censuras del legado (1). El arzobispo de Bourges, limosnero mayor de Francia, estaba esperando á la puerta vestido de pontifical, acompañado de todos los religiosos de la abadía, de un gran número de prelados, y del jóven cardenal de Borbon, que estaba ya desengañado de las locas pretensiones que habia tenido en orden á ser Soberano de Francia. El arzobispo preguntó al Rey, segun el ceremonial, quién era, y qué pedia. „Soy (respondió) Enrique, Rey de Francia y de Navarra, y deseo ser admitido en el gremio de la Iglesia católica, apostólica romana. ¿ Lo deseais sinceramente (replicó el prelado)? Lo quiero y lo deseo con todo mi corazon (respondió el Príncipe);” y habiéndose arrodillado al momento, hizo en estos términos su profesion de fe: „Prometo y juro, en presencia de Dios omnipotente, vivir y morir en la Religion católica, apostólica romana, protegerla y defenderla á costa de mi vida, y renuncio todas las heregias contrarias á su doctrina.” Puso el Rey esta fórmula escrita en manos del arzobispo, el cual le dió en alta voz la absolucion de las censuras incurridas por causa de la heregia que habia profesado hasta entonces. Todo el concurso alabó á Dios y empezó á gritar: *Viva el Rey*, con una alegría y regocijo que no es capaz de imitar la adulacion. Desde allí fue llevado al altar mayor, donde, despues

(1) *Mem. de la Liga, t. 5. p. 403.*

de besarle y hacer la señal de la cruz, repitió el juramento sobre los santos Evangelios, y luego se confesó con el arzobispo, debajo de un dosel que se habia puesto detrás del altar mientras se cantaba el *Te Deum*. Concluida la confesion, oyó la misa mayor con una modestia y una devoción egemplar, que subió de punto al elevar la sagrada hostia. Asistió tambien piadosamente á todos los demás officios, y en el mismo dia fue á Montmartre á dar gracias á Dios por su conversion en los sepulcros de los santos Mártires, de quienes habia recibido la Francia la fe que recobraba felizmente.

Entonces se vió el espíritu de que estaban animados los gefes y todos los protectores de la liga. Siempre habian protestado que peleaban por la Religion, y solo habian pedido un Rey católico que la conservase. El Príncipe á quien deseaban, habia vuelto por último á la Religion de sus padres, en un tiempo en que, prosperando sus armas por todas partes, no podia atribuirse su conducta á temor, y mucho menos á hipocresía, vicio diametralmente opuesto á la franqueza de su carácter. Sin embargo, se esforzaron los comuneros á denigrarle, aun en los pulpitos de las principales iglesias de París, con todo género de imputaciones de esta clase. Juan Boucher, entre otros, creyendo que su parroquia de San Benito no era un teatro bastante espacioso, pronunció en la iglesia de San Meri, por espacio de nueve dias consecutivos, unos discursos en que afirmaba, segun el estilo infamatorio de la liga, que la conversion del

Bearnés era un acto de hipocresía infernal. Pero viendo que este género de calumnia no producía el deseado efecto, fue necesario recurrir á otros artificios. Con arreglo á los principios del legado, se esparció por el pueblo la voz de que cualquiera que fuese la conversion del Navarro, herege obstinado, defensor y gefe declarado de los hereges, y sobre todo, herege relapsó, le constituía radical é irremediamente incapáz de reinar; que de ningun modo podia ser absuelto, sino por el Sumo Pontífice; que era nula la absolucion de los obispos, y que todos los que seguian el partido de Enrique, estaban escomulgados.

63. En la absolucion dada al Rey, habia puesto el arzobispo de Bourges, de acuerdo con los demás prelados, esta cláusula: *salva la autoridad de la Silla apostólica*, para dar á entender que una necesidad urgente los habia puesto en el caso de no seguir las reglas comunes, y que habian procedido en el supuesto de una licencia presunta, la cual se proponian impetrar. Al mismo tiempo prometió el Rey enviar á Roma una embajada para que prestase obediencia en su nombre al Sumo Pontífice; y luego que abjuró, eligió por su embajador al duque de Nevers; pero no ignorando los artificios de que se valian en Roma sus enemigos, para impedir que su enviado se acercase á la Silla pontificia, despachó antes un agente menos ilustre, encargándole que llevase una carta llena de todos los sentimientos de fe y de obediencia que podia desear el Vicario de Jesucristo. Los prelados y los doctores realistas le entregaron tambien cartas

por el mismo estilo, á fin de no dejar ninguna duda acerca de su fe, ni aun de la regularidad de su conducta, en cuanto lo habia permitido la necesidad. Esta negociacion causó tantos cuidados á Enrique IV y le ocupó tanto tiempo como la conquista de su reino.

A lo menos, la Provenza por una parte, y por otra casi toda la Picardia, las ciudades de Meaux, Orleans, Bourges, Leon, gran número de señores y aun la capital del reino, se sujetaron mucho antes á su poder. Pero antes de la sumision de París, inspiró Enrique un nuevo grado de respeto á aquel pueblo religioso, recibiendo el carácter sagrado de ungido del Señor. Hallándose todavía la ciudad de Rems en poder de los comuneros, se consagró en Chartres, y en lugar de la santa ampolla que se conserva en Rems, se sirvió de la de Tours ó de Marmontier, que decian haber sido traída del cielo en tiempo de San Martin, á quien curó de una herida peligrosa.

64. Habiendo quitado el duque de Mayenna el gobierno de París al conde de Belin, que se habia hecho sospechoso, le confirió al conde de Brissac, que habia sido hasta entonces uno de los comuneros mas furiosos. Pero viendo Brissac que el Rey era católico y estaba consagrado, solo pensó en utilizarse del puesto que ocupaba, congraciándose con un Rey en quien concurrían todas las circunstancias que se habian apetecido. Mientras Mayenna, con pretexto de recibir en la frontera de Lorena un nuevo refuerzo, iba á tomar su última resolución con los Príncipes

de su casa, trató con el Rey el nuevo gobernador, tomó sus medidas con los capitanes de cuartel, elegidos despues del castigo de los diez y seis, entre los ciudadanos mas estimados; hizo que saliese una parte de la guarnicion, con pretexto de ir á apoderarse de un convoy que habia salido de Paléseau, y en 22 de Marzo de 1594, á las cuatro de la mañana, introdujo en la ciudad las tropas del Rey. Entraron con gran silencio, recorrieron las calles en orden de batalla, y se apoderaron sin obstáculo de las plazas, de los callejones que iban á parar á ellas, de los puentes, y de los dos edificios llamados *Chatelets*. Todo el pueblo se retiró á sus casas, y el Rey se portó como un padre en medio de sus hijos. Aquel mismo dia estuvieron abiertas las tiendas, y reinó en París una tranquilidad tan grande, como si no hubiesen precedido ningunas hostilidades. Dentro de pocos dias se sujetaron á la obediencia de Enrique los comuneros mas atrevidos, dando egemplo la facultad de teología por medio de la retractacion de los decretos que la habia dictado el fanatismo. Sin embargo, Carlos de Pellevé, hechura de la casa de Lorena, la cual le habia ensalzado hasta la dignidad de cardenal, dió por el contrario un triste egemplo del acceso á que es capaz de llegar el espíritu de partido (1). Estaba enfermo en París cuando le dieron la noticia de que el Rey era dueño de la ciudad; y se apoderó de él una agitacion tan violenta, que perdió el juicio inmediatamente, y murió de allí á pocos

(1) *Mem. de L' Etoile*, t. 2. p. 204. — *Chac.* t. 3. p. 104.

dias. Habiendo tenido la misma suerte el jóven cardenal de Borbon, hijo de Luis, Príncipe de Condé, se dijo que habia muerto tambien de pesadumbre, porque la conversion de Enrique IV le quitaba toda esperanza de ocupar el trono, y en efecto se habia lisongeado de conseguirle. Entretanto los gobernadores de la Bastilla y del castillo de Vincennes entregaron estos fuertes. Villars-Brancas, gobernador de Roan, imitó muy en breve su eemplo. La ciudad de Leon se rindió á las armas de Enrique. En el espacio de algunos meses le reconocieron por Soberano casi todas las ciudades principales, provincias enteras hasta en lo mas remoto del reino, y los señores mas distinguidos, sin esceptuar al duque de Guisa: conquista tanto mas gloriosa para Enrique, como tambien el título de grande que recibió entonces, quanto habia tenido mas parte en ella su bondad que su valor. No solo concedió un perdon general por todo lo pasado, sino que prodigó los empleos lucrativos y honoríficos á sus antiguos enemigos, en tal grado que llegaron á quejarse de él sus amigos constantes. Nunca egerció tanto la beneficencia como cuando podia vengarse sin ningun obstáculo.

65. No obstante, hubo un mónstruo que estuvo á pique de volver á sumergir á la Francia en el abismo de calamidades de que la habia sacado aquel buen Príncipe. Al regresar el Rey desde Picardia, fue herido con un cuchillo por Juan Chatel, hijo de un mercader de paños de París. La fortuna fue que Enrique, siempre afable y humano, se inclinó en aquel

momento para levantar del suelo á dos oficiales que se habian arrodillado á sus pies, y así, aunque el cuchillo iba dirigido á la garganta, dió en la boca, y le rompió un diente, con lo que se evitó una herida mas peligrosa. Ya habia resuelto el mismo parricidio Pedro Barrera, sin mas motivo conocido que el fanatismo de aquellos tiempos; pero habiendo sido delatado por un religioso dominico, habia sido preso y castigado antes de proceder á la consumacion de su delito. A Chatel se le hizo un interrogatorio muy riguroso, se le dió tormento, y solo dijo que habia estudiado tres años con los jesuitas, y les habia oido decir, como tambien á otros muchos sacerdotes seculares y regulares, que se debia defender la religion, de cualquier modo que fuese, contra la impiedad de los tiranos.

66. Se enviaron comisionados para que visitasen su colegio, y se encontraron en el cuarto del padre Guignard, bibliotecario de la casa, unos escritos injuriosos al Rey, y especialmente á la buena memoria de su predecesor. En vano representó el bibliotecario que habia una amnistía general, pues siempre resultaba reo, por haber conservado en su poder unos papeles que debia entregar á las llamas. Chatel fue descuartizado, Guignard ahorcado, y los jesuitas arrojados del reino, aunque no con tanto rigor que no se sostuviesen todavia en algunas provincias, menos indignadas contra ellos (1). Sintió mucho su desgracia el Sumo Pontífice, y dijo á Arnaldo de Ossat,

(1) Cart. 15. del Card. Ossat á Viller. t. 1. p. 372.

agente de la Reina viuda en la corte de Roma, y elevado despues á la dignidad cardenalicia, que si habia entre ellos algunos delincuentes, era justo castigarlos; pero que era contrario á la equidad y á toda razon denigrar por el delito de algunos particulares á toda una compañía, muy benemérita por sus desvelos y fatigas en beneficio de la Religion, y que entonces mismo trabajaba con la mayor actividad para facilitar la reconciliacion del Rey Enrique con la santa Sede.

Como se tratase tambien de espatriar á los capuchinos, á los mínimos y á los cartujos, porque antes de reconocer á Enrique por su legitimo Soberano, habian pedido, á egemplo de los jesuitas, que se ratificase en Roma su absolucion, añadió el Pontífice que no podia haber un medio menos oportuno para conseguirla que hacer alarde del influjo que tenian en Francia los hugonotes. No podemos disimular que atendiendo únicamente los jesuitas á evitar el peligro de un cisma, estendieron á muchos objetos su adhesion á la Silla, que es el centro de la unidad. Jamás se justificarán los malos tratamientos que recibió de ellos su hermano Edmundo Auger, porque con su gran talento conocia y procuraba dar á entender al Rey Enrique III las funestas consecuencias que podia acarrear el celo del partido de la liga; ni la asistencia de maestros juiciosos y sábios, acompañados de sus discípulos, á procesiones armadas, ni en fin, la actividad sediciosa del padre Claudio Mateo, el cual tan pronto estaba en Paris como en Roma, y

traía y llevaba con tanta frecuencia súplicas contrarias á la tranquilidad pública, y rescriptos subrepticios, que le dieron el nombre de correo de la liga. ¡Tiempo eternamente deplorable, en que se habia apoderado de toda la nacion un espíritu de vértigo! ¡Pero cuál fue el cuerpo ó congregacion numerosa, á quien no se pudiese culpar de algun defecto, y que al mismo tiempo no se hiciese muy recomendable en algunos de sus miembros? Si se vió en el orden de Santo Domingo un Jacobo Clemente y un Edmundo Bourgoin, prior é instigador de Clemente, se halló tambien en el padre Serafin Bianchi, aunque ultramontano, un hombre lleno de juicio y virtud, que libró al Rey de la mano parricida de Barrera. Pero dejemos esta materia sepultada en la obscura profundidad en que el mismo Enrique el Grande quiso confundir la memoria de ella.

67. La Reina de Inglaterra, Isabel, su íntima amiga, tuvo una gran pesadumbre cuando supo que habia vuelto á entrar en el gremio de la Iglesia (1). „¡Qué dolor tan vivo (le escribió), qué tristeza tan profunda me ha causado esta noticia! ¡Buen Dios! ¿Qué confianza podemos tener ya en los hombres? ¿En qué siglo tan extraño vivimos? ¿Pero podeis esperar un buen éxito de semejante conducta? ¿No temeis que os desampare el que hasta ahora os ha sostenido tan visiblemente con su omnipotencia? Espero que con el tiempo habeis de tomar una resolucion mas acertada. En cuanto á la amistad que me

(1) *Cambd. Annal. regn. Elis. ad ann. 1593.*

ofreceis como á vuestra buena hermana, mi conciencia me asegura que la he merecido, y no me arrepiento de ello; pero no puedo ser vuestra hermana por parte de padre desde que habeis adoptado uno que en nada disminuirá la inclinacion que profesó al que Dios sabe." La carta iba firmada en estos términos: *Vuestra afecta hermana á la moda antigua, y de ningún modo á la nueva.* — Isabel. No estrañó Enrique una respuesta que le parecia muy conforme al carácter de aquella Reina, la cual no tardó mucho en ajustar con él una alianza ofensiva y defensiva.

68. Por este tiempo murió en Roma Guillermo Alano, uno de los últimos ornamentos y de los mas celosos defensores de la iglesia británica. Habia nacido en Lancaster, de una familia ilustre y opulenta; pero quiso mas bien, como decia él mismo, vivir en miseria fuera de su patria, que gozar en ella de una abundancia funesta á su religion. Aplicado continuamente á sostener á sus compatriotas en la fe de sus padres, hizo construir y dirigió muchos seminarios en Lovaina, en Rems y en Roma, donde no omitió medio alguno para establecer sólidamente en la fe y en la piedad á los jóvenes ingleses, que siguiendo su egemplo, preferian la Religion á la fortuna. Fueron aquellas casas, por decirlo así, otros tantos planteles de apóstoles, confesores y mártires intrépidos, que ni por prisiones, por tormentos, ni por la pena de muerte, dejaron de cultivar las últimas semillas de la fe en su nacion; la cual les es deudora de la poca que se conserva en ella todavía.

Alano, cuya doctrina era igual á su virtud, se empleó tambien con el sábio Belarmino y el cardenal Colonna en la revision de la Biblia segun la Vulgata, impresa de órden de Sisto V, y corregida por disposicion de Clemente VIII.

68. El dia del *Corpus* del año siguiente 1595 murió en Roma San Felipe Neri, fundador de la congregacion italiana del oratorio (1). En el primer capítulo celebrado ocho años antes, habia sido electo por superior general y perpétuo, decretando que despues de su fallecimiento se renovasen los generales de tres en tres años; pero se vió obligado á renunciar en 1592, con motivo de su avanzada edad y quebrantada salud, á pesar de cuantos esfuerzos hizo unánimemente la congregacion para que continuase dirigiéndola. Consiguó que ocupase su lugar el sábio Baronio, á quien habia movido á escribir los anales eclesiásticos, dejando esta dignidad en el tiempo determinado por los estatutos, para ser condecorado con la de cardenal, en compañía de Taurusio, que era tambien sacerdote del oratorio. Estuvo mucho tiempo aquella congregacion egemplar sin tener ninguna regla por escrito, reducida á la práctica de las virtudes del Evangelio, y especialmente á la de la caridad, de la cual decia el santo fundador que suplía por todas las reglas.

69. Sin embargo, aumentándose diariamente el número de los padres, instaron éstos al Santo para

(1) Gallon. *Vit. S. Phil. Ner.* = Baill. ad 26. Maii.